

Spanish Sermon for Lent Four 2025

St. Luke/San Lucas Episcopal Church

Luke 15

Sean gratos delante de ti los dichos de mi boca y la meditación de todo nuestro corazón,
oh Señor, fortaleza nuestra y salvación nuestra.

La parábola se conoce como la del Hijo Pródigo desde aproximadamente el año 357,
cuando uno de los primeros padres de la iglesia, Jerónimo, la escribió en una de sus obras.
Esta visión alegórica de la parábola, con Dios como el padre paciente y perdonador, y los
seres humanos como el hijo pródigo menor o el hijo mayor resentido, ha sido un elemento
básico del currículo de la escuela dominical a lo largo de los años. Muchos de nosotros
quizás incluso la recordemos de nuestros primeros días en la iglesia. Y me imagino que
muchos sermones hoy en día se centrarán en el descarrío, el arrepentimiento y la
redención.

Les voy a pedir que hagan algo un poco diferente. Quisiera que guarden lo que saben de
esta parábola, todas esas maravillosas lecciones y sermones que han escuchado a lo
largo de los años, y los guarden. No los desechen; esta perspectiva de la historia, como
una de arrepentimiento, aceptación y amor, es muy valiosa y reconfortante. Sin embargo,
les pido que la dejen de lado por un momento y abran su mente a otra perspectiva, muy
diferente, de este pasaje.

La Dra. Amy-Jill Levine, profesora de Nuevo Testamento y autora, presenta otra perspectiva de las parábolas, basada en parte en su experiencia como erudita judía. En sus obras, sugiere que, en la medida de lo posible, intentemos despojarnos de todos esos siglos de interpretación y glosa cristiana que han surgido en torno a las parábolas y, en cambio, nos pongamos en la piel de aquellos judíos del primer siglo que escuchaban al erudito y provocador rabino, Jesús, y sus enseñanzas.

Al profundizar en este texto, lo primero que cabe notar es que nuestro leccionario omite bastantes detalles. Tenemos la introducción, que nos dice quién era el público: un grupo muy diverso y dividido, compuesto por recaudadores de impuestos y pecadores, fariseos y escribas. Todos vivían bajo la ocupación romana, en una época de extrema pobreza y opresión generalizada. En una época en la que era peligroso, o al menos no del todo seguro, reunirse, todas estas personas se habían arriesgado a asistir a esta reunión para escuchar la voz de Jesús.

Lo que sigue es una serie de tres parábolas, la tercera de las cuales es la continuación de nuestro evangelio de hoy. Sin embargo, hay un hilo conductor importante entre estas tres historias, y es útil analizarlas todas para comprender la tercera. Así que, hagamos un breve repaso.

La primera parábola se conoce como la Parábola de la Oveja Perdida. Un pastor reúne su rebaño de 100 ovejas al final del día. Sin embargo, al contarlas, se da cuenta de que falta una. Así que, aunque probablemente esté cansado y hambriento después de su larga jornada de trabajo, mete las 99 ovejas en el corral, toma su cayado y sale de nuevo a

buscar la oveja perdida. Sigue buscando hasta encontrarla, se la pone sobre los hombros y la lleva de vuelta al corral para estar con las demás. El pastor se alegra. El rebaño, la comunidad, está completa y a salvo. Completa una vez más.

La segunda parábola se conoce como la Parábola de la Moneda Perdida. Una mujer tenía diez monedas de plata. Sin embargo, cuando fue a buscarlas, una faltaba. Revolvió su casa por completo buscándolas. Sacó la escoba y barrió hasta los rincones más oscuros, hasta que finalmente encontró su moneda perdida. Y cuando la encontró, se regocijó. Reunió a sus amigos y vecinos. Celebra con ellos. Reunió a su comunidad y compartió su riqueza y alegría con ellos. La comunidad se unió.

Y ahora llegamos a la tercera parábola, la que se incluye en nuestra lectura de hoy. En algunas tradiciones, incluyendo las iglesias ortodoxas, se la conoce como la Parábola de los Hijos Perdidos. Comienza con un hombre que tenía dos hijos. Al igual que en las otras dos historias, el hombre pierde algo. En este caso, es su hijo menor, quien toma su parte de lo que sería su herencia y viaja a una tierra lejana para vivir una vida desenfrenada y alocada. La versión NRSE describe una "vida disoluta", que francamente es la versión para todos los públicos. Otras traducciones la traducen con términos más aptos para adultos o incluso para adultos. El hijo menor pronto se encuentra sin dinero, perdido, solo y hambriento, en un país extranjero, trabajando en un trabajo servil.

Así que, por supuesto, al enterarse de esto, el padre inmediatamente reúne a sus sirvientes, prepara sus maletas y sale en busca de su hijo perdido. Pero, un momento, eso no es lo que dice la parábola, ¿verdad? Eso es lo que esperaríamos, después de escuchar

las dos primeras historias, donde la persona que ha perdido algo no escatima esfuerzos por encontrarlo y, una vez encontrado, se regocija y celebra que la comunidad esté unida de nuevo. Entonces, ¿no esperaríamos que sucediera lo mismo aquí? ¿No esperaríamos que un padre amoroso y atento saliera a buscar a su hijo perdido y sufriente?

Pero eso no fue lo que dijo Jesús. En cambio, Jesús usa la técnica de la parábola, dándole un giro al relato, sorprendiéndonos, tomándonos por sorpresa, siendo provocador, para que la audiencia cuestione y piense de manera diferente.

Este padre no sale a buscar a su hijo. Al examinar el texto con atención, encontramos varias pistas sobre lo que hizo. A pesar de haber regalado la mitad de su riqueza, seguía siendo un hombre rico. Tenía sirvientes y tierras (su otro hijo estaba trabajando en el campo). Tenía terneros, incluyendo al menos uno engordado, listos para el matadero. Tenía más de una túnica, pues pedía a sus sirvientes que le trajeran la mejor túnica a su hijo. Tenía suficiente dinero para comprarle un anillo a su hijo que regresaba. Este padre se cuidaba a sí mismo, se enriquecía y aseguraba su propia supervivencia. Y al hacerlo, perdió a sus dos hijos. Ambos vivían, pero no tenía una relación cercana y amorosa con ninguno de ellos.

El egocentrismo del padre es particularmente evidente en su relación con el hijo mayor. Este se encuentra trabajando en el campo. Cuando el hijo menor regresa y comienza la celebración, el padre no envía un mensajero al campo para avisarle que su hermano ha regresado. No, simplemente lo deja seguir trabajando. El hijo mayor no tiene ni idea de lo que ocurre hasta que oye el ruido de la fiesta y le pregunta a uno de los sirvientes qué

sucede. ¿Te imaginas ser el hijo mayor? Abandonado en el campo, trabajando y ganando dinero, mientras tu querido papá y tu hermano menor, el derrochador, se divierten.

¿Es de extrañar que el hijo mayor esté enojado? Y la respuesta del padre, que siempre estás conmigo, que todo lo mío es tuyo, pero que teníamos que celebrar y alegrarnos porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado, suena un poco falsa, dado que ni siquiera se acordaron de enviar a alguien al campo para avisarle al hijo mayor. ¿Cómo puede alegrarse si ni siquiera lo mencionan en las noticias?

Y la historia de Jesús termina de forma bastante abrupta. No sabemos si el hijo menor se reconcilió con su hermano. No sabemos si el hijo mayor consideró suficiente la explicación de su padre. A diferencia de las parábolas de la oveja perdida y la moneda perdida, esta historia no tiene un final feliz, no hay un «y vivieron felices para siempre». Solo el padre sermoneando al hijo mayor sobre cómo debería sentirse, sobre cómo debería alegrarse.

Ahora bien, en este punto, algunos de ustedes quizás se sientan incómodos. Yo, sin duda. Esta no es la figura paterna amorosa que solemos escuchar en la parábola. No es el padre dedicado que buscará por todas partes a su hijo perdido.

Recuerden, este es el propósito de una parábola: incomodar al oyente. Cambiar radicalmente nuestra perspectiva habitual. Plantear preguntas complejas para que podamos ver nuestras vidas de otra manera.

Entonces, ¿qué intenta hacer Jesús aquí? ¿Qué intenta decirles a los pecadores y publicanos, a los escribas y fariseos?

Quizás el mensaje de Jesús a su público diverso y dividido es que, para ser completos, para volver a ser una comunidad, necesitan centrarse unos en otros, cuidarse mutuamente, esforzarse por buscar a los perdidos, como lo hizo el pastor.

Quizás Jesús estaba señalando que quienes, como el padre, se centran en ganar dinero o en buscar poder, corren el riesgo de perder la relación con quienes los rodean, a diferencia de la mujer que buscaba su dinero para compartirlo con sus amigos y vecinos, con su comunidad.

Quizás Jesús les recuerda a los pecadores y a los escribas que todos son miembros de la misma familia y que deben cuidarse unos a otros, o su comunidad se desintegrará, como ocurrió con la familia del hombre rico. Esa alegría se encuentra cuando cada pecador se arrepiente, cuando cada persona regresa a la comunidad y cuando toda la comunidad le da la bienvenida.

No sabemos con certeza cuál era la intención de Jesús con esta serie de parábolas. Pero sin duda es provocadora. Nos deja con preguntas. Y nos ofrece tanto una advertencia como un motivo de esperanza.

La advertencia, tan cierta para nosotros hoy, viviendo en nuestra sociedad tan dividida, como lo fue para los pecadores, publicanos, escribas y fariseos, es que si nos centramos en nosotros mismos, en nuestra seguridad y nuestro bienestar, y perdemos de vista a quienes nos rodean. Si descuidamos a quienes trabajan arduamente para cuidar de la

comunidad. Si no nos esforzamos por buscar a los perdidos, a los que luchan, corremos el riesgo de convertirnos en un padre que perdió a sus hijos. También podemos perder a nuestra familia, nuestra comunidad, nuestra integridad.

Pero hay esperanza. Las dos primeras parábolas demuestran lo que puede suceder si nos arriesgamos, si buscamos activamente y encontramos a quienes se han extraviado, a quienes luchan. Si buscamos a quienes están perdidos, podemos alegrarnos juntos cuando los encontremos; nuestra comunidad puede recomponerse.

Así pues, las preguntas que nos planteamos hoy son estas: ¿Quiénes se han extraviado entre nosotros? ¿Quiénes están luchando? ¿Quiénes están perdidos en nuestras vidas, en nuestra comunidad, en nuestra nación? ¿Estamos listos para salir al mundo a buscarlos? ¿Qué haremos para restaurar la salud de quienes sufren, para poner a salvo a los perdidos? ¿Qué acciones tomaremos para que todos, pecadores y escribas por igual, podamos regocijarnos?

Amén.